

sen con la obligacion que les impone el honor de su longevidad, para que los jóvenes no se estimulasen á lo malo con el mal ejemplo de los mayores! ¡Pluguiese á Dios que viesen los discípulos el buen ejemplo en sus maestros, que oyesen de sus lábios una moral evangélica, confirmada con las obras, no esa moral árida del dia, que se contenta con enseñar teorías! Entónces no tuviéramos que lamentar la triste suerte de la juventud de nuestra época nefasta.

No busquemos nuestra dicha en los honores sociales, en las dignidades, ni en las preeminencias. Si nos fuese permitido desearlas, debiera ser por sacrificarnos, como escribia el divino Pablo á su discípulo Timoteo; por lo demás, amados míos, yo os diré, con el mismo Pablo, que todos sois grandes, nobles y honrados, pues sois conciudadanos de los Santos y áulicos de Dios: más os diré, con el mismo; sois coherederos de Cristo, compañeros de su predestinacion y gloria, y por consiguiente todos sois príncipes, todos sois reyes, todos sois sacerdotes de Dios, pues así lo oyó cantar el desterrado de Pathmos á los moradores del cielo. Quien tiene prometido y asegurado en Cristo este honor y esta grandeza, ¿por qué ha de suspirar por esas grandezas terrenas que, aunque sean de oro, plata y de todas las preciosidades, tienen, como la estatua de Nabuco, los piés de tierra, y caen al golpe de una piedrecita? Obremos, pues, con cordura, buscando el honor y la grandeza donde se encuentra: en ser hijos de Dios.

Señor, haced que cada uno de nosotros se contente con la suerte que vos le destinais en este mundo; no permitais que ambicionemos las grandezas terrenas, cuando tenemos el indecible honor de ser hijos tuyos y herederos de tu gloria, que deseo á todos, etc. Amen.

SERMON MORAL

SOBRE

QUE NO CONSISTE LA DICHA DEL HOMBRE EN LOS PLACERES.

Et cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant, et nemo illi dabat.

Y deseaba henchir su vientre de las bellotas que comian los animales inmundos, y ninguno se las daba. (Luc. x, cap. xv, vers. 16.)

Despues de haber pesado en la balanza del Santuario y de la razon lo que son las riquezas y los honores mundanos relativamente á la felicidad verdadera del hombre; despues de haber demostrado que nada de esto es capaz de hacer feliz al nobilísimo rey de la creacion, he fijado mis miradas en el mismo hombre; lo he observado, he examinado su compuesto; él es, he dicho, aquel fiel trasunto de la naturaleza divina, que en el sexto dia del mundo saliera de las manos del Criador; él discurre, él piensa, él sabe que tiene una alma racional que da animacion á este cuerpo animal; quizás mirando las riquezas con desprendimiento, y los honores con despreocupacion filosófica, podrá elevarse sobre estos objetos de avaricia y ambicion, y decirse á sí mismo: «Esta vida es bien corta y aciaga; no se oyen por todas partes sino ayes y lamentos; los hombres se afanan por adquirir un poco de oro, que al fin no es más que tierra; vuelan tras de dignidades y honores que pasan como el humo; yo nada de esto apetezco; sean los tesoros para los avaros, y las dignidades para los ambiciosos; voy á ser feliz bus-

cando mi dicha en cuantos objetos halagan mi vista y mis sentidos; gustos, placeres, diversiones son los amigos de mi corazón; ellos han de alejar de mí la tristeza y el pesar; ellos me harán dichoso en este valle de lágrimas y destierro.» Así hablaba yo dentro de mí mismo, cuando tomé en mis manos el libro de la buena nueva, aquél que nos trajo al mundo la era de oro que dura desde hace diez y nueve siglos; lo abrí, leí una lección del Salvador, y hallé una verdad del más alto interés para el hombre: verdad que nos demuestra hasta la evidencia que no hay felicidad en los placeres.

Esta instrucción dice así: «Un hombre tuvo dos hijos, y dijo el menor de ellos á su padre: «Padre, dame »la parte de la hacienda que me toca.» Y él les repartió su patrimonio. Y no muchos días despues, juntando todo lo suyo el hijo menor, se fué á un país distante, y allí malrotó todo su haber, viviendo disolutamente. Y cuando todo lo hubo gastado, vino una gran hambre en aquella lejana tierra, y él comenzó á padecer necesidad. Y fué y se arrimó á uno de los ciudadanos del país, el cual lo mandó á su cortijo á guardar animales inmundos. Y deseaba aquel jóven desdichado, para saciar su hambre, deseaba henchir su vientre con el alimento vil y despreciable que aquellos animales comian, y nadie se lo daba.» *Cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant, et nemo illi dabat.* Esta es la primera parte de la parábola del hijo pródigo.

Hay en estas pocas palabras del Redentor tan abundante doctrina, que da lugar á dilatados discursos su moralización y comento; pero examinemos el primer aspecto que nos presenta aquel jóven inexperto. Es precisamente el personaje que se me representaba, al hablar conmigo mismo sobre la dicha del hombre; nada le inquieta el porvenir, ni tiene el menor desasosiego sobre su suerte futura; las riquezas no son para él sino un me-

dio para gozar; no tiene fijó su corazón en los caudales, ni lo ocupa la sórdida avaricia, pues lo que obtiene de su padre lo despilfarra entre las compañeras de sus locuras; por otra parte, no conoce la ambición, y quizá mira con indiferencia su nobleza innata, el lustre de su sangre y cuanto podia engrandecerlo en la sociedad, pues dejando el espléndido hogar paterno, va á vivir entre mujeres infames. Todo su afán consiste en pasar una vida alegre, entregado á las diversiones y placeres, porque cree que su felicidad consiste en esto. Por esto abandona el lado del padre y se va á países lejanos, buscando en ellos cuanto puede satisfacer al sentido depravado.

Justo es, amados míos, que, despues de oída la doctrina del Salvador, preguntemos al mismo que nos instruye si acaso aquel jóven encontró su dicha en los placeres, y él nos responderá que éstos, ménos que ningún otro objeto mundano, pueden formar el tejido de nuestra felicidad. No sólo no hacen al hombre feliz, sino muy desgraciado, ora porque engendran en él un hambre de placeres que jamás puede hartarse, ora porque conducen al hombre á tal extremo de degradación y envilecimiento, que lo hacen inferior á los mismos brutos inmundos. Voy, pues, á dar un paso más en la materia empezada, demostrando en este discurso que «tampoco está la dicha del hombre en los placeres y diversiones mundanos.»

¡Virgen sagrada! Tú que cimentaste tu dicha en la renuncia de todos los goces mundanos y en el cumplimiento de la ley del amor divino, dignate dirigir á tu indigno siervo una mirada amorosa, que atraiga sobre él las luces celestiales, que tan necesarias le son en el asunto que va á tratar. Oye benigna mi oración, y no deseches la que te dirige este devoto pueblo, saludándote pura é inmaculada con las palabras del ángel.

AVE MARÍA.

Son de tal condicion las cosas humanas, que hay pocas ó ninguna que sean esencialmente malas, haciendo que sean nocivas tan sólo dos causas, que provienen del mismo hombre viciado por el pecado; son estas causas: ó el exceso, ó el defecto. Si consideramos uno por uno los ramos de industria, los del comercio, los de prosperidad pública, hallaremos que están fundados en principios los más puros y en leyes muy sábias; entre tanto veremos que adolecen de muchos vicios, que pululan por todas partes los crímenes, que abundan el fraude, la mala fé, la avaricia, la hipocresía y la ambicion. Se pregunta entónces uno á sí mismo cómo del centro de una cosa buena trae su origen tanta maldad, y la más convincente respuesta acalla nuestra demanda. Abusa el hombre viciado de cuanto tiene entre sus manos, sea profano, sea sagrado, pues nada hay que no sea para él principio de ruina cuando quiere darle un sesgo torcido. Vaya un ejemplo. Cuando Dios mandó á las aguas que envolvian todo este globo, que se reuniesen en un solo lugar, formando los mares, ¿pretendia acaso que los hombres de un continente fuesen enemigos de los que vivian en islas y países lejanos? No; y para unirlos con relaciones de amistad, además del amor que inspira la identidad de origen y la semejanza omnímota, instituyó el comercio de unos pueblos con otros. Pero entró el hombre á ejercitarse en esta tarea, y de aquello que por su naturaleza era bueno, hizo una escuela de avaricias y usuras. Record, si os parece, una por una las instituciones sociales, y encontrareis en todas un principio justo, pero que, como sucede algunas veces al astro brillante, se ve oscurecido por densos nubarrones que le circundan; hallareis vicios y abominaciones hasta en el santuario; pero vicios introducidos porque el hombre abusa hasta de lo más divino. ¡Tal es la triste condicion humana, que lleva los hábitos pestilentes á cuanto toca con sus manos! Investigad

la naturaleza de cada una de las ciencias: su origen es divino, sus progresos dan honor á la humanidad; pero el hombre las ha manoseado tanto y las ha trastornado de tal manera, abusando de sus facultades intelectuales, que las verdades más claras y sencillas han sido sombreadas con mil problemas inciertos, que confunden á sus mismos inventores; el escepticismo, el materialismo, el deísmo, con mil doctrinas mortíferas que profesaron los filósofos antiguos y siguen las sociedades modernas, han sido elaboradas en los entendimientos de los sábios; pero de sábios que, semejantes á las lagunas pantanosas, recibieron las aguas del saber de manantiales cristalinos, y las convirtieron en elementos deletéreos tan pronto como las depositaron en su seno.

Si esto sucede en aquellas materias que se prestan á la malicia tan sólo remotamente y á fuerza de la perversidad humana, ¿qué estragos no causará aquello que directamente puede tender al mal? ¿Podrá el hombre ocuparse en alguna tarea donde el terreno es resbaladizo sin caer á cada paso? No, amados míos. Hémos, pues, ya llegados al punto esencial que hoy ventilamos. Al preparar un ataque contra los placeres y diversiones del mundo, muchos de los que me oyen me preguntarán si acaso son malos estos entretenimientos, si acaso ofenden á Dios, si acaso pueden concurrir á ellos los jóvenes y las doncellas, si acaso pueden lícitamente llevar á los espectáculos públicos los padres de familia á sus hijos; pues al fin, como se dice comunmente, este mundo es un valle de lágrimas, y es preciso hacer lo posible para no tener que derramar muchas.

No ignoraba yo ninguna de estas preguntas, y me liasonjeo que todas tendrán una respuesta satisfactoria. Las diversiones y los placeres tienen la misma naturaleza que todas las demás cosas: ni su origen, ni su esencia, ni su fin, tienen el sello de lo malo, y sólo el abuso

los ha hecho venenosos para el hombre y mortíferos para la sociedad. Ahí están los patriarcas del linaje humano: entrad en sus hogares, y vereis que no falta en ellos el tímpano y la cítara; tampoco falta la mesa de convite para obsequiar por muchos dias á los amigos con regocijos y festines. Ahí teneis á ese pueblo antiguo, tan abundante en Profetas y sacerdotes, hombres severos en su conducta; seguid su marcha triunfante en el mar Rojo, y vereis cómo la celebra con danzas y festines; más adelante le observareis recibiendo á Saul y á David con bailes y festejos por haber derrotado al filisteo; en Betulia, en Jerusalem, en cuantos sitios han recibido algun beneficio, en otros tantos han alabado á Dios y celebrado sus victorias con convites y diversiones públicas. Abrid los libros de la sabiduría celestial que por los Profetas nos manifestó el Espíritu Santo, y oireis al sublime David animando á los hombres con estas palabras: «Banqueteen los justos y regocíjense en presencia de Dios, y deléitense en su alegría.» Hojead en seguida los libros apostólicos, y oireis al divino Pablo, que dice á todos los hombres: «Alegraos siempre en el Señor; os repito que os alegréis siempre en el Señor.» ¡Qué! ¿Prohibiria á los hombres las diversiones, las alegrías y los regocijos aquel Dios amoroso que nos sacó de la nada para que fuésemos eternamente felices? ¿Querrá acaso este Dios benigno que sea un misántropo, un sér devorado por la tristeza, un sér sumido en ideas tristes y melancólicas, este hijo suyo, que ha puesto por algunos momentos en esta mansion transitoria, para que pase despues á las moradas del em-píreo á regocijarse sin fin con él y sus ángeles? No, no; Dios no tuviera jamás tales designios: no prohíbe, en consecuencia, las diversiones; ántes al contrario, las permite para recreo del hombre, y hasta en ellas puede ejercitarse en la virtud. Hé aquí en pocas palabras cuál es la esencia y el fin de las diversiones en general; y miradas

de este modo, ni se ofende á Dios en ellas, ni están prohibidas á los jóvenes, ni deben tener los padres el más mínimo escrúpulo en acompañar en ellas á sus hijos.

¿Pero qué diversiones y entretenimientos son los que Dios ha preparado para los hombres en la tierra? ¡Ah, señores! Yo abandono el lecho del descanso al rayar la aurora en el Oriente, y veo á toda la naturaleza que gradualmente va entrando en movimiento para alegrar al hombre; mientras él descansa, un denso velo cubre toda la tierra, para que á su nocturna sombra duerma el rey de la creacion; cesa entre tanto el mugido del buey, el rugido del tigre y del leon, y no se oye en aquellos momentos más que el débil movimiento de los céfiros, el suave susurro de las aguas, el triste arrullo de la tórtola solitaria; y apenas su señor se ha puesto en pié, no hay sér alguno sensible y material que no éntre á tomar parte en el gran movimiento del mundo para alegrar al hombre. Dejan las avecillas sus aéreos lechos, y encaramándose en las frondosas ramas, empiezan á henchir los aires con sus melodiosos cantos, para que el corazon humano, inquieto quizás con las ideas tristes que producen las tinieblas, se revista de serenidad y alegría. ¡Ay! ¿Quién no se extasia al considerar el bello espectáculo que presenta la naturaleza en una mañana apacible y serena? ¿Quién no se alegra al oír los trinos de las avecillas, al percibir la fragancia de las flores, al mirar el rocío de las yerbas, esmaltadas en otros tantos diamantes cuantas son las partículas de agua que las circundan? ¿Quién no se engolfa en placer al observar cómo la vid ostenta sus ópimos frutos, que alegran el corazon humano, cómo el olivo derrama el suavísimo licor que nos fortifica, cómo el trigo eleva sus abundantes espigas, cómo la palma, cual noble matrona, enseña pendientes de su seno los dorados racimos? Sí: el hombre meditador eleva su alma hasta las más encumbradas regiones, donde no

penetra la tristeza ni el dolor, al contemplar que desde el asno selvático hasta la tímida liebre, desde el águila real hasta el diminuto chupaflores, desde la desmesurada ballena hasta el más ínfimo habitante de los mares y de la tierra, ninguno se mueve sino para deleitar al hombre, para proporcionarle alivio, regalo, descanso y consuelo.

Hé aquí, señores, los regalos, las complacencias y alegrías que Dios preparára al hombre en esta vida; y nada he dicho aún, porque hay todavía otra alegría y entretenimiento que lleva el hombre consigo mismo, que consiste en el trato social, que necesariamente ha de unir á los hombres entre sí, del cual dijo justamente el Profeta Rey que «es tan suave como el perfume derramado sobre Aaron, y más fecundante que el rocío de Hermon, que descende sobre el monte Sion.» El vivir los hombres en union es lo más gustoso y deleitable que pueda darse en el mundo. Dios nos crió para esto, señores; quiso que nos amásemos unos á otros, que viviésemos en sociedad, para que se eliminase de nuestros corazones la tristeza y la afliccion, y soportásemos más fácilmente las necesarias miserias de esta vida. Así es que donde hay dos ó tres congregados en nombre de Dios, allí está este Dios derramando la paz y la alegría. No se aleja este Dios benigno ni del convite amical, donde reinan la sobriedad y templanza; no huye de la compañía de aquellos que dan saltos de alegría al son de las arpas, con tal que presida á sus inocentes placeres la modestia y el pudor, pues Dios no quiere almas tétricas, sino corazones alegres.

Hasta ahora, señores, os he presentado en bosquejo las diversiones inocentes que Dios crió para el corazon humano; son éstas un medio para desterrar la melancolía que es natural á un desterrado; usar de ellas con moderacion, es una virtud; pero ¡ay! la desgracia está en que de una cosa transitoria hacemos una estable, de lo

que no es más que un medio hacemos un fin; queremos hacer consistir nuestra dicha en las diversiones, y hemos trastornado todos los designios de la Providencia; de las diversiones inocentes que la naturaleza nos presenta, el mundo social nada quiere, dejándolas todas para los anacoretas y filósofos; de las alegrías inocentes que proporciona la sociedad racional, no queremos sino lo ideal, pues se han inventado otras en que el alma es la malicia y la corrupcion; al convite moderado y frugal en que se expande el corazon del amigo, han sucedido los grandes banquetes de los Asueros y Baltasares, en que no se escasean los manjares más costosos y exquisitos para regalar el paladar, ni los más preciosos licores para inflamar el corazon; á las conversaciones indiferentes han sucedido las gracias y donaires picantes, que como saetas se cruzan en los aires llevando el veneno de la inmoralidad á cuantos las oyen. La sociedad humana, léjos de ser lo que Dios se propusiera, se ha convertido por la malicia en una continua agitacion; los hombres no piensan sino en espectáculos, en saraos, en bailes, en convites, en diversiones de toda especie, á las que deben concurrir necesariamente personas de ambos sexos, pues sin esto ni el convite es opíparo, ni la reunion alegre, ni las conversaciones amenas, ni el espectáculo brillante. ¡Tanto y tan grande es el progreso que ha hecho en el mundo la lascivia!

Eran sin duda estos placeres y diversiones los que tenía presentes el Sábio, cuando decia: «Reputé la risa por error, y dije al gozo: ¿por qué te engañas vanamente?» Eran los hombres que se entregan á ellos sin moderacion los que tuviera á la vista cuando dijo: «Está el corazon de los sábios donde hay tristeza, mas el de los necios donde existe la alegría.» ¡Ah! ¿Podrá existir la dicha humana en objetos tan deleznales y transitorios? ¿Podrá el hombre espiritual ser feliz entregándose á la cor-